Apuntes de la XII Asamblea nacional de los Bancos de solidaridad con Julián Carrón
Milán, 15 de diciembre de 2018

Andrea Franchi (llamado «Branco»). Bienvenidos todos a la XII Asamblea Nacional de los Bancos de solidaridad. Saludo a los presentes y a las personas que nos siguen conectadas por vídeo desde cincuenta ciudades. Ante todo, quiero dar las gracias a Julián, que está aquí con nosotros para ayudarnos a mirar hasta el fondo la experiencia que vivimos a través del gesto de la caritativa y que marca la experiencia de los Bancos. Como sabéis, en estos meses hemos propuesto como trabajo mirar nuestra experiencia a la luz del texto de la conversación que Julián mantuvo con los jóvenes del CLU y que se publicó en la revista *Huellas* del mes de mayo, para poder hacer un camino. En especial quiero subrayar en esta brevísima introducción cómo, en esa conversación, Julián decía que en el gesto que hacemos hay mucho más de lo que vemos. Lo tuve muy presente hace algunas semanas, cuando me encontré con una chica que me decía: «Yo llevo la caja. El otro día quedé con una familia nueva. Bajé del coche un poco a la carrera porque estaba empezando a llover, llamé al telefonillo, la lluvia arreciaba pero nadie abría. Pensé: "¿Cómo es posible? Te he llamado hace un cuarto de hora y me has dicho: 'Estoy en casa, puedes venir'". Entonces, mientras el agua caía cada vez con más fuerza, me respondió: "Sí, sí, ahora baja mi hija a abrirte", y yo: "¿Pero no podías darle tú al botón, que me estoy calando?". Después de otros cinco minutos por fin llegó la hija y me dijo: "Perdona, es que estaba en el baño". Volví a casa un poco enfadada: "¿Cómo es posible? Con todo lo que hago, he vuelto absolutamente calada y un poco enfadada"». Yo le pregunté: «Entonces, ¿acabó así la cosa? ¿Ha sido un día para olvidar?». «No. Volví a casa enfadada, llena de preguntas, pero en un momento dado empecé a leer la Escuela de comunidad». Y yo: «¿Como una pastilla para digerir el trago amargo?». Ella me respondió: «No, como la única posibilidad que tenía, que se me ocurrió aquella tarde para mirar hasta el fondo ese hecho y no reducirlo únicamente a la lluvia, al enfado porque alguien había tardado un cuarto de hora en abrirme la puerta». Esto me impresionó, porque es lo que encierra la experiencia que proponemos con este gesto. Los cantos que acabamos de cantar no han sido elegidos por casualidad: «Volver a ser niños y recordar… / que todo es dado» (C. Chieffo-M. Neri, «Amare ancora», *Cancionero*, Comunión y Liberación 2004, p. 318) es el objetivo del gesto de caritativa, es decir, recordar cuál es tu necesidad y Quién te ha dicho en la vida: «Yo soy la respuesta». O bien: «Te afanas por mil cosas, mientras que solo una es la que vale» (C. Chieffo, «Marta, Marta», *Cancionero*, op. cit., p. 343). En todo lo que hacemos, ¿en qué nos apoyamos? Si miramos nuestra necesidad, ¿qué es lo que de verdad vale? Si un gesto de caritativa no nos ayuda a hacer este trabajo, ¿para qué sirve? Empecemos enseguida a contarnos la experiencia que vivimos. Con la ayuda de Julián, trataremos de llegar hasta el fondo.

Durante años una amiga me ha invitado repetidamente a participar en la experiencia de los Bancos de solidaridad. Durante años siempre le he dicho que no, convencida de que no necesitaba hacer esas cosas para vivir. No sabía todavía que me estaba montando una película: me ponía mi máscara estupenda y resultaba incluso creíble, pero eso no era vivir, era sobrevivir. Después, el 10 de mayo de 2014, en el culmen de una crisis personal que me hacía sentirme como si estuviera partida en dos y de la que no veía vía de salida, acordándome las palabras de un amigo sacerdote –«durante las bodas llueven gracias para los esposos, pero también para los que participan en ella»–, fui a la boda de una amiga del movimiento (una de las pocas que me gustaba, porque no era la típica cielina) con los brazos abiertos, con la certeza de que no me marcharía de allí sin llevarme a casa mi gracia, y así fue. Al final del día, charlando con uno de los invitados, que no me resultaba especialmente simpático, en un momento dado no pude evitar reconocer que tenía una luz en los ojos que me hacía desear tenerla yo también, y mirar a donde él miraba, segura de que allí encontraría un bien para mí. En aquella mirada percibí la mirada de Otro que salía a mi encuentro y se me volvía a anunciar. Esa fue mi gracia. Aunque con alguna que otra dificultad, empecé a pegarme a ese amigo, a los amigos de la comunidad de CL de mi ciudad y a asistir al Banco de solidaridad. Al principio fui

© 2018 Fraternità di Comunione e Liberazione

porque quería estar con quien me hacía presente esa esperanza. Poco a poco, vi que estar ahí de este modo generaba algún pequeño cambio. Yo tiendo siempre a hacer las cosas por mí misma, llevándolas a cabo tal como las tengo yo la cabeza, y por eso estar ahí y hacer lo que se me decía que hiciera, sin tratar de imponer mi súper organización, no me parecía posible. Sin hacer reflexiones demasiado profundas sabía que no estaba allí por mí, sino por los otros, y por eso estaba en mi puesto y resoplaba en silencio incluso cuando las señoras que venían a ayudar obstaculizaban el proceso o desordenaban las cajas súper organizadas que estaba preparando yo. Aquellos sábados empezaban a ser ocasiones a las que no quería faltar, hasta el punto de que no me comprometía con otras cosas e incluso invitaba a otros amigos a participar. Sin embargo, faltaba algo, no era verdad que no estaba ahí por mí. En la última cena de los Bancos una persona habló de la unidad de la caritativa con la vida. Pues bien, en este aspecto las cosas se habían puesto mal. De hecho, al principio de este año brotó con fuerza algo que llevaba dentro desde hacía tiempo, pero que acallaba: mi trabajo empezaba a pesarme, no por los problemas que tenía que afrontar, sino porque no me bastaba, sufría la falta de ocasiones para vivir relaciones, hasta el punto de que me costaba incluso levantarme por las mañanas, no merecía la pena. Sin embargo, un día empezaron a pasar algunas cosas. La jueza tutelar del tribunal me llamó para preguntarme si quería renovar la disponibilidad para hacer de tutora de menores extranjeros no acompañados, avisándome sin embargo de que la competencia pasaría en poco tiempo al Tribunal de menores de una ciudad cercana. Viendo el tema como un fastidio más, decidí quedarme al margen. Sin embargo, para no quedar mal con la jueza, me tomé tiempo hasta el día siguiente, de modo que mi no pareciese meditado. Obviamente me olvidé, y la jueza, con una delicadeza extrema, me mandó un mensaje en el que me pedía que le diera noticias. Empecé agradeciéndole la propuesta, pero le escribí que en ese periodo no me era posible asumir este compromiso. Hasta cuatro veces borré el mensaje, porque nunca era el mensaje adecuado (es verdad, porque no era verdadero), y entre un intento y otro empezó a insinuarse en mí la frase que había escuchado con ocasión de las elecciones: «¿Nos quedamos mirando por la ventana?». Se volvía tan insistente que al cuarto mensaje borrado escribí: «Ok, está bien, renuevo mi disponibilidad». Qué impresión cuando la jueza, para darme las gracias, me dijo: «Que sepa, abogada, que cuando decimos que sí a estos, es a Jesús a quien le decimos que sí». Ella tenía razón, pero yo no tenía esa conciencia. Después de algunos días tuvimos el Donacibo *(una operación kilo realizada en escuelas que recoge alimentos para el Banco de solidaridad*, ndt.*) y estaba en una clase de secundaria intentando hacer comprender a los chavales por qué llevamos las cajas a casa de las personas en vez de hacer que vengan directamente a la sede a llevárselas. Les hacía preguntas para que pudieran entender mejor. Me dirigí en particular a un chico extranjero sentado en la primera fila, que me miraba con sus ojos llenos de curiosidad, atrayendo mi curiosidad. Le hacía preguntas de este tipo: «Para ti, ¿sería lo mismo venir a la escuela a aprender sin encontrarte con tus compañeros, que venir aquí y aprender pudiendo encontrarte con ellos y conocerles?». Respondió: «Es igual, no hay diferencia entre una forma y otra». Qué extraño, pensaba yo, a lo mejor no comprende el ejemplo, al mejor me toma el pelo porque soy una mujer y no me da crédito, o quizá para él es así realmente, y si es así, ¿cómo es posible? Al salir de allí, les conté a mis amigos el encuentro con aquel chaval, que me había impresionado mucho. Después de algunos días, recibí por la tarde una convocatoria del Tribunal para el día siguiente, porque se me había asignado la tutela de un chaval. Las cosas empezaban mal, me dije, podían haberme avisado antes o preguntarme si me iba bien. Digo de antemano que no tenía ningún impedimento para estar en el día y la hora indicadas, pero me molestaba que me hubiesen convocado de ese modo, me parecía irrespetuoso porque no respondía a los tiempos y a los modos que tenía yo en la cabeza. En cualquier caso, fui. Llegué y me encontré en el rellano al chico al que había conocido con ocasión del* Donacibo. *En cuanto le vi explotó en mí una alegría incontenible y enseguida pensé para mis adentros: «Dios mío, ¿quién eres Tú que, a pesar de mí y de mis miserables posiciones de partida, me regalas algo tan bonito? Aunque lo hubiera pensado del mejor modo posible, no me lo habría podido dar a mí misma». Fui a su encuentro con esta felicidad, y le dije: «Pero tú eres el chaval del* Donacibo*, ¡qué estupendo!». Él, sonriendo, dijo que se acordaba de mí. La jueza y su educador nos miraban asombrados: «Pero, ¿os conocéis?». Entonces les contamos nuestro encuentro. La conversación con la jueza*

© 2018 Fraternità di Comunione e Liberazione

se volvió muy informal. Para explicarle al chaval mi papel desde ese momento hasta que cumpliera 18 años, le dijo que aquí en Italia iba a ser un poco como su madre y su padre. Él me lanzó una mirada poco convencida, y entonces yo le dije: «Bueno, haremos como si fuese una tía», y todos nos reímos. Mi trabajo, que soportaba tan mal, me permitía en cualquier caso poder organizarme para participar en experiencias como el Donacibo*, y además era también un lugar en el que poder encontrarme con Alguien. El día del cumpleaños del chaval me invitaron a la comunidad en la que vive, en donde sucedió algo importante para mí: en cuanto comprendieron que yo estaba allí por uno de ellos, los otros chavales empezaron a preguntarse: «Pero, ¿por qué nuestros tutores no vienen a nuestro cumpleaños?». En un momento dado, para atraer mi atención, empezaron a montar follón y a subir el tono. Los educadores estaban disgustados y se excusaban conmigo por lo que, para ellos, era una falta de respeto hacia un invitado. En cambio para mí fue otra cosa. En ellos solo veía ojos que pedían: «¡Mírame a mí, mírame a mí!». En ese momento me sorprendí conmovida, porque vi en ellos el mismo deseo y el mismo grito que tengo yo: «¡Mírame a mí!», y tuve conciencia de mi verdadera necesidad. De golpe, me sorprendí de nuevo dirigiéndome a Dios con esta pregunta: «¿Pero de verdad eliges manifestarte a mí así, a través de un grupo de chavales, musulmanes por añadidura? ¡Mira que tienes fantasía! ¿Es verdad todo esto? ¿No soy presa de un sentimentalismo producto de la situación?». Al día siguiente teníamos la peregrinación de Macerata a Loreto. Al llegar al estadio, después de escuchar el testimonio de dos jóvenes extranjeros, me dije: «¿Tú respondes a mis preguntas? ¡Entonces es todo verdad!». Son muchas las relaciones que han nacido de este encuentro. Ahora soy tutora de dos chavales, nos vemos con frecuencia, incluso vienen a echarnos una mano en el Banco de solidaridad. Cuando quedo con mis amigos les invito, vienen, aunque solo sea para estar con nosotros. Nuestra relación no es institucional, sino que se trata de una amistad. Casi sin darme cuenta, la experiencia del Banco se ha extendido hasta llegar a abarcar todos los ámbitos de mi vida. A través de ella he descubierto cuál es mi necesidad y también que puedo dirigirme a Dios con este Tú. Y esto me hace ser libre, aun con todos mis límites, y deja siempre abierta en mí la pregunta: «Frente a las cosas que suceden, ¿quiero afirmarme a mí misma o quiero descubrir lo que el Misterio tiene para darme y hacerlo florecer?».*

Julián Carrón. Buenos días a todos. ¿Qué quiere decir para ti darte cuenta de tu verdadera necesidad? ¿Qué es lo que introduce en tu vida? Esta es la finalidad de la caritativa. ¿Y por qué es tan decisivo? Don Giussani nos la ha propuesto como gesto educativo ante todo para nosotros, no solo para responder a la necesidad de los demás, sino para nosotros, sin reducir el gesto que hacemos a voluntariado. ¿Por qué te parece tan crucial esta insistencia de don Giussani? ¿Cómo percibes que es una ganancia para tu vida?
No es nada de lo que me esperaba, al vivirlo descubro que es algo que nunca me habría podido imaginar, porque encuentro una correspondencia, una libertad que me posibilita ser yo misma con toda mi humanidad. Descubro que vivo muy reducida con respecto a la experiencia, y justamente porque percibo la presencia de Otro me doy cuenta de ello. Si existo es porque hay Otro, si no, no conseguiría mirarme de esa manera. Yo nunca me he mirado así.
Si se mira así –no hay que dar por supuesto mirarse así, porque muchas veces nos reducimos–, que ella haga esta conexión: «Si yo me miro así es por la presencia de Otro», no es fruto de ningún tipo de voluntariado. Percibir la presencia de Cristo en el hecho de reconocer la necesidad es lo que nos hemos dicho muchas veces: ¿qué ha venido a hacer Cristo? Ha venido a despertar el sentido religioso, es decir, la conciencia de la naturaleza de la necesidad y, por tanto, a ponernos en las condiciones justas para vivir. Sin esta conciencia de uno mismo, todo se confunde. Descubrir, sorprender en lo que vivimos la presencia de Cristo, esta es la superación del dualismo: Cristo por una parte y mi necesidad por otra; el caos por una parte, mi vida por otra. Yo le sorprendo a Él viviendo. Pero llegamos a esta conciencia únicamente a través de lo que nos ha contado ella: al sorprender al comienzo una mirada que deseaba para sí misma, no ha podido evitar tratar de estar cerca de esa persona porque no quería perder lo que había vislumbrado. Al estar con ella, se ha sorprendido dentro de un cambio, ha empezado a despertarse en ella una esperanza para la vida, y todo lo demás ha sido un desarrollo de esto. Si fuésemos conscientes de verdad de todo lo que aparece en la experiencia que vivimos,

© 2018 Fraternità di Comunione e Liberazione

para poder decir lo mismo de cada cosa se necesita, queridos –no como una frase vacía, no como un recuerdo del pasado, no como algo que hemos aprendido de forma abstracta –, se necesita que el Verbo se haya hecho carne y habite en medio de nosotros. La encarnación no es un hecho del pasado por el que ahora nosotros seguimos viviendo sin más con una cierta ética, siendo gente maja. Nos perderíamos lo mejor, porque con esto no respondemos a la necesidad. ¿Cómo es posible descubrir la verdadera necesidad? ¿Has hecho algún intento por responder? ¿Puedes estar agradecida al descubrir tu necesidad infinita? ¿Por qué?

Porque cambia todo. Se queda todo tan abierto que hay infinitas posibilidades…

Sí, pero muchos tienen necesidad y sin embargo no lo perciben así; para ellos estar necesitados es una cruz, estar necesitados es un peso; estar necesitados es una condena para la gran mayoría de la gente. Tratemos de comprender por qué nosotros podemos tener experiencia de la necesidad y, al mismo tiempo, no percibirla como una condena, como hacen todos. Si no lo hacemos, utilizamos las palabras sin darnos cuenta de su significado. Nosotros las usamos por la experiencia que tenemos y no por quién sabe qué tipo de razonamiento abstracto. De la experiencia misma surge, surge, surge una modalidad de vivir que me permite ser consciente de la necesidad y no vivir olvidándome de mí, reduciéndome, borrando mi yo, sino vivir con toda la conciencia de mi persona. ¿Por qué? Yo puedo abrazar mi necesidad porque existe Otro. Entonces digo: «¡Bendita necesidad!», porque no me deja conformarme. Porque todo aquello con lo que yo me podría conformar es insuficiente para responder a mi necesidad. Reconocer mi necesidad me hace estar absolutamente agradecido a Cristo: menos mal que existes, Cristo, porque sin ti el reconocimiento de la necesidad sería una condena. Entonces, ¿quién salva verdaderamente el yo en su grandeza, sin reducirlo como hacemos habitualmente? Solo Alguien que está presente. «Vivo quiere decir presente» (L. Giussani, «¡Vivo quiere decir presente!», supl. de *Huellas*, n.9/2018, p. 8). Solo Alguien que está presente hace posible esta experiencia. Este es el origen de lo que decías, y esta es la esperanza que hay en nosotros. No comprendemos la Escuela de comunidad mirando para otro lado, no comprendemos la Jornada de apertura de curso haciendo reflexiones abstrusas que ya no engañan a nadie, tampoco a nosotros. Escuela de comunidad y Jornada de apertura de curso nos cautivan a todos por la experiencia que vivimos, solo desde dentro de esta experiencia de la que no hay vuelta atrás. Aquí sucede algo, y por ello debemos estar atentos. Gracias.

La Jornada de recogida de alimentos del 24 de noviembre fue para mí una ocasión importante para comprobar cómo vivo el gesto de la caritativa cuando llevo la caja. Mientras decidía qué disponibilidad dar para los turnos, me surgió una pregunta: «Si el gesto de la recogida de alimentos lo deseo tanto para mí porque me educa, ¿por qué no podría ser así también para las familias con las que me encuentro en la caritativa?». Entonces quise intentarlo, llamé a tres familias de nuestro Banco de solidaridad con las que había tenido relación en el pasado. Les invité a participar en la recogida conmigo durante alguna hora. Con un punto último de escepticismo, siempre duro de pelar, esperaba la respuesta y, con gran sorpresa para mí, las personas aceptaron con entusiasmo, incluso aunque habían tenido problemas graves hace poco y en la actualidad tengan aún muchas dificultades. Durante el turno les presenté entre ellos y vi que nacía enseguida una familiaridad sencilla, se interesaron por el problema de uno de ellos, sin trabajo y en un estado de fuerte depresión, y ahora mismo están tratando de ayudarle a resolver por lo menos el problema del trabajo. Después de esa experiencia tan bonita con ellos, no puedo evitar preguntarme cómo miro a las personas con las que me encuentro al llevarles la caja. He recordado muchas ocasiones en las que ha prevalecido un sentimiento de resignación frente a la necesidad, o bien de incomodidad, que se traduce a menudo en conformarse con hablar de generalidades, y en evitar hablar con ellos de mi necesidad y de mi deseo de felicidad. Es un malestar que corre el riesgo de llegar hasta la vergüenza, hasta la incredulidad de que Jesús pueda conquistar el corazón de cada persona, y de que, en cualquier caso, es Él quien construye. Pero lo que he experimentado con ocasión de la recogida de alimentos con las personas a las que he invitado me devuelve continuamente al punto verdadero. Es decir, que yo soy capaz de proponer a los demás solo lo que deseo verdaderamente y es verdadero para mí.

© 2018 Fraternità di Comunione e Liberazione

Nos damos cuenta así de que en este momento, en el que vemos como se derrumba todo, nada, pero realmente nada, impide volver a empezar, incluso a las familias a las que lleváis la caja. Nosotros no proponemos no sé qué discurso o una abstracción, sino una vida, como hemos estudiado en la Escuela de comunidad: «La Iglesia es una vida»; les invitamos a participar en esta vida: «¿Queréis venir con nosotros a hacer la recogida de alimentos?», les proponéis que se impliquen con aquello con lo que estamos implicados nosotros. ¿Recordáis la Jornada de apertura de curso, o la habéis borrado ya de la memoria? «El anuncio es una presencia […] llena de significado […] que implica en el significado que expresa a la persona que lo porta» («¡Vivo quiere decir presente!», supl. de *Huellas*, n.9/2018, p. 10). Una propuesta está llena de significado cuando implica a la persona misma que lo porta, y por eso nos sorprendemos de que en este momento, en esta sociedad «líquida», en donde todos pasan de todo, la gente se adhiera con entusiasmo a una propuesta que hacemos. Y nosotros tenemos que verlo, esta es la caridad del Misterio hacia nosotros, ¡porque muchas veces no lo creemos! «¿Cómo es posible ahora?»; nos asalta el miedo: «¿Cómo es posible?». En cambio, veis que es posible. Veis que es posible volver a empezar, como en los comienzos del cristianismo. Volver a empezar sin apoyarse en la «cristiandad», es decir, en formas que no son capaces de sostenernos, sino apoyados únicamente en el acontecimiento de Cristo, en el cristianismo como vida. De este modo podemos volver a aprender lo que creíamos que sabíamos, porque somos nosotros los primeros en sorprendernos. ¿Por qué tenemos que hacer esto? ¡Por nosotros! El Papa nos lo dice: nos conviene salir del caparazón, porque solo si salimos podremos ver que es posible. ¡Quien está encerrado en casa al calor del hogar no lo puede ver! No lo puede comprender. ¡Menos mal que ya no existe el calorcillo de un ambiente protegido! Porque así podemos ver que sigue sucediendo, porque Cristo –aunque pensemos lo contrario– no ha desaparecido, no es que se haya ido, no ha sido derrotado por nuestras derrotas, sino que está presente. Por fin podremos no confundirle con ninguna de las cosas con las que a menudo Le hemos identificado. Será esto lo que salve nuestra fe. En caso contrario, como le ha sucedido a muchos, aun haciendo muchas cosas, la fe nos interesará cada vez menos, hasta el punto de dejar de interesarnos. Yo solo puedo proponer lo que es fundamental para mí, ¡y al proponerlo me doy cuenta de que el Señor me lo vuelve a dar cien veces más!

Quería contar lo que me ha sucedido al llevar la caja a una familia un poco especial. Una tarde fui a verles. Al bajar del coche me paró una patrulla de los Carabinieri en un parking entre dos casas populares, en donde llevamos la caja a muchas familias, de modo que a los pocos segundos se había formado una platea de personas que gritaba desde los balcones: «¡Dejadle en paz, es un tío estupendo, él y sus amigos nos ayudan!». Obviamente, durante el registro no encontraron nada y me dejaron marchar. Me fui a mi casa enfadadísimo, pero me dije que quería ir al fondo de lo que había sucedido. Conseguí obtener una cita con un funcionario. Fui y me dijo que había sido él quien había ordenado el registro, porque la mujer a la que llevo la caja se halla en arresto domiciliario, motivo por el que yo no podía ir a su casa, y además aparcaba en un lugar de encuentro de algunos delincuentes. Entonces le pregunté si tenía que dejar de ir y él me respondió: «Ellos te necesitan. Ahora sabemos quién eres y qué haces; mientras dure el arresto domiciliario ve a verles y deja la caja fuera de la puerta, luego podrás entrar libremente». Al salir de esta entrevista, había algo que no me cuadraba, tenía miedo y entonces decidí dejar de llevar la caja. Durante tres meses dejé de ir, hasta que la mujer –que ya no estaba en arresto domiciliario– me llamó, pero yo no respondí. Insistió también al día siguiente y yo seguí sin responder. Al tercer día me había preparado la justificación. Respondí y ella me dijo: «Hola, ¿por qué ya no vienes? ¿Ya no me quieres?». Me dejó tieso, porque me obligó a hacer cuentas con mi historia, con lo que me ha sucedido en la vida. ¿Qué me ha sucedido? A los 16 años dejé de ir a la escuela porque la realidad me daba demasiado miedo. Me daba miedo ser juzgado. Para mis padres era un fracasado porque ya no iba a la escuela, ellos me comparaban con mis amigos que, obviamente, seguían con los estudios. ¿Y qué es lo que me sucedió? Conocí a un hombre que me abrazó, que me quiso tal como era. Con él yo estaba bien tal como era. Entonces me dije: «Pero, ¿acaso soy yo mejor que esta mujer?». Es evidente que la respuesta fue: «No». Conocí a alguien que me cambió literalmente la vida, a partir de ese encuentro conocí el movimiento y después de dieciocho años yo, que estaba asustado ante la realidad, que no daba

© 2018 Fraternità di Comunione e Liberazione

pasos por el miedo, me sorprendo contento y sin miedo. Yo trabajo el mármol, y por las mañanas, cuando me levanto, estoy contento de ir a trabajar, aunque mi trabajo sea muy cansado y difícil, pero estoy contento. He llegado a formar una familia con dos hijos. A todos vosotros os puede parecer algo obvio, pero para mí y mis amigos no, porque no hemos nacido en familias del movimiento, tenemos familias desesperadas, la mayor parte se ha separado y quien no lo está vive el matrimonio como una tumba. ¿Qué es lo más grande? ¿Es acaso mi valor para casarme? No, el buen Dios me ha puesto delante familias contentas, hombres que disfrutaban de la relación con su mujer y con sus hijos. Es por esto que para mí es interesante el gesto de la caritativa, porque vuelve a poner constantemente en el centro el hecho de que yo solo necesito a Jesús para vivir. A Jesús vivo. Para mí Jesús tiene rostros bien precisos, a través de los cuales yo le he conocido. El gesto de la caritativa se vuelve interesante para mí porque me pone delante mi necesidad: yo tengo necesidad de Él.

¿Lo veis? El Misterio puede usar cualquier cosa, como le ha sucedido a él. Él tiene que volver a su historia para darse cuenta de verdad, en el presente, de lo que le ha sucedido; se pregunta por qué el Misterio permite estas cosas y qué sentido tienen. Va a hacer un «gesto» y después permite que le registren. ¿Por qué? ¿Por qué Dios no nos ahorra nada? ¡Porque nos conviene que no nos los ahorre, como veis! Es como si a través de todas estas cosas dijese: «¿Pero no te das cuenta de que todo lo que te sucede, todo lo que Yo permito que suceda es para ti? Es para que el origen no se vuelva una costumbre vieja, para que no te olvides de lo que te ha sucedido». Y así te lo vuelve a dar ahora, en el presente, con todo el asombro del inicio, mejor todavía, con una conciencia mayor del asombro del inicio, para evitar que la fe se vuelva un formalismo, reduciéndose a «cristiandad» (como decía don Giussani en la Jornada de apertura de curso), para que el cristianismo vuelva a suceder en nosotros. Entonces uno aprende, pero no en abstracto; le interesa la caritativa para darse cuenta de la necesidad que tiene de Jesús; porque sin Jesús seríamos los más desgraciados de los hombres. Pero no un Jesús como algo añadido desde fuera o como uno más del panteón de los dioses. Jesús con un rostro preciso: Él, el Hijo de Dios, nacido de una mujer en Belén. Él es la clave que hace que la vida sea «vida», que hace que nuestro amigo pueda levantarse contento de ir a trabajar el mármol. ¡Esta es la novedad cristiana! Y ninguna situación, ningún caos, ninguna sociedad líquida, ningún derrumbe puede impedir que suceda ahora. ¿De qué tenemos miedo? ¿Por qué nos asustamos? Nadie supera el espanto o el miedo con pensamientos. Lo que elimina el miedo es verle a Él en acción. Entonces todo se convierte en ocasión para un agradecimiento, porque Dios ha tenido piedad de nosotros. Como decía don Giussani: «Gracias porque Te has hecho ver y Te ha sentado aquí» (*El atractivo de Jesucristo*, Encuentro, Madrid 2000, p. 171).

Desde hace ya 20 años participo con entrega y entusiasmo en todas las ediciones de la Jornada de recogida de alimentos, también en las actividades de nuestro Banco de solidaridad y en el Donacibo *en las escuelas. Esta es la experiencia a través de la cual el Misterio me ha aferrado, me hace estar aquí ahora y me lleva a compartir plenamente todo lo que dijiste a los universitarios: «Una cosa es responder simplemente a una urgencia, a una necesidad, y otra cosa es descubrir la naturaleza de la necesidad y quién puede responder a ella. Uno puede decir: "Voy allí, hago algo por los demás". Es algo bueno, por supuesto, pero la cuestión es comprender cuál es la necesidad del otro, descubrir la naturaleza de su necesidad» (J. Carrón, «Así puede florecer la vida»,* Huellas*, n. 5/2018). En realidad, antes de comprender cuál es la necesidad del otro, he entendido mejor cuál es la mía. De hecho, la primera vez que participé en la recogida de alimentos me movía principalmente el deseo de hacer una buena acción ayudando a personas en dificultad, es decir, exactamente como tú decías: «Voy allí, hago algo por los demás»…*

¡Es algo bueno, por supuesto! Siempre es mejor que hacer el mal. Pero es nada comparado con un gesto de caritativa. Y nosotros perderíamos todo lo que hemos escuchado esta mañana si lo redujésemos a «hacer algo por los demás». Hay que ser claros: no digo que el voluntariado sea algo equivocado, pero es nada comparado con la necesidad. Pensad en lo que puede llegar a ser un gesto de caridad si es vivido con la conciencia en la que nos ha introducido don Giussani: en lugar de despertarse e ir al trabajo enfadado, se levanta contento.

© 2018 Fraternità di Comunione e Liberazione

En cuanto empezó el turno, recuerdo que me quedé fascinado por el orden y la atención que se ponía en todos los detalles y, más en general, por la belleza del gesto. Esto me asombra mucho porque el Señor, que me conoce bien, sabe que me gusta «hacer» y por tanto sabe cómo atraerme hacia Sí. Después esa razón inicial se vio ampliamente superada por otras mucho más profundas, y esto me hace mirar con simpatía a los amigos que inicialmente participan en un gesto o que, más en general, hacen algo por motivos marginales, porque a través de esa grieta pasa el Misterio, como me ha sucedido a mí. Y de este modo me impliqué cada vez más en las distintas actividades promovidas por el Banco de alimentos y por nuestro Banco de solidaridad. Pero después de algunos años empecé a sentir un vacío, un malestar que al principio no tenía un origen claro: yo era el responsable de un gran supermercado, ayudábamos cada vez a más familias con el Banco, hacíamos cada vez más cajas, pero todo esto empezaba a no ser suficiente, porque no me resultaba claro qué es lo que me faltaba. Entonces un amigo me propuso participar en una cena de los Bancos, en donde conocí a Branco, que me ayudó (y me ayuda todavía) a descubrir Quién responde verdaderamente a mi deseo. Con el tiempo se ha hecho evidente que la respuesta a mi deseo no consiste en lo que hago, sino en reconocer un amor infinito, gratuito y totalmente inmerecido, del que soy objeto, y que supera cualquier imaginación mía. Poco después me «colé», viene a cuento decirlo, en unas vacaciones. Recuerdo como si fuese ayer que, nada más llegar, me estaba esperando un queridísimo amigo mío, que nos acogió con un abrazo inolvidable a mi mujer y a mí: era como si, me corrijo, era Cristo que me abrazaba diciéndome: «¡Te estaba esperando!». Estos han sido los primeros pasos de mi camino de conversión, que está lejos de haber terminado y que estoy disfrutando muchísimo. Así, reflexionando sobre estos años, he verificado y comprendido que mi corazón anhela el infinito, pero también que ese deseo está inscrito en el corazón de cada hombre, de cada hombre individual. Sin embargo, he visto que con frecuencia las personas no tienen conciencia de esto, y que ese deseo se manifiesta por ello de forma confusa, contradictoria, parcial, como el fragoroso rebuzno de Pinocho hacia el final de su historia. Pero partiendo del hecho de que todos tenemos este deseo, y agradecido por el amor gratuito del que soy continuamente objeto de forma inmerecida, se vuelve cada vez más sencillo mirar con ternura a las personas incluso cuando, en el intento de responder a las exigencias de su corazón, se comportan de forma poco razonable, por no decir contradictoria, fastidiosa o abiertamente desagradable. Soy educado en esta mirada de forma especial cuando lleva la caja a mis familias, no porque se lo merezcan, como decimos a menudo, sino sencillamente porque lo necesitan. Así, gracias a esta experiencia, mi mirada se educa para mirar a una persona por el valor infinito que tiene por sí misma, y no por el resultado de sus acciones. Esto, además de permitirme entrar inmediatamente en relación con la familia, que no se siente juzgada según los criterios cínicos que usa el «mundo» –una persona es importante en función del papel que desempeña–, me permite vivir la experiencia de una relación más verdadera, bonita e intensa con la realidad, caracterizada por la alegría y por un gran sentido de libertad. Una relación en la que nada es suficiente, sino que todo asume un valor extraordinario porque remite a otra cosa, y permite estar frente a circunstancias a veces dramáticas con una serenidad llena de certeza. Termino contando algunos hechos que han sucedido en el último periodo, intensísimo, que creo que son particularmente significativos. El primero tiene que ver con nuestro Banco. El 7 de diciembre organizamos la cena de Navidad con las familias a las que ayudamos. Podíamos organizarla en la parroquia (a mí me había parecido estupendo), pero se nos cruzó una idea que parecía descabellada al principio: ¿por qué no la organizamos en uno de los restaurantes más bonitos de la ciudad? Nuestras familias nunca van a un restaurante, y poder ofrecerles una cena en un lugar así sería un bonito regalo. Nos movía también otro deseo, más profundo: que, inmersos en la belleza, pudiesen y pudiésemos entrever Quién nos la estaba regalando. Era una de esas ideas tan increíbles que no podía más que ser Suya. Y así, sin saber muy bien cómo hacer, nos dirigimos al director de un hotel que acogió nuestra petición con gran entusiasmo e implicó a sus proveedores para que nos conocieran y para hacer concreta esta idea tan increíble. El día de la cena la sala estaba preciosa, y el personal nos acogió con una amabilidad verdaderamente exquisita. Un gran amigo nuestro dio un testimonio sencillo y maravilloso. Durante la velada hubo también unos preciosos cantos de coro. En definitiva, como se dice: «¡A Él le gusta hacer las cosas como Dios!». Por otro lado, la caritativa no

© 2018 Fraternità di Comunione e Liberazione

se agota en los gestos que acabo de mencionar, sino que incide profundamente en mi forma de vivir también las demás circunstancias. Por ejemplo, en el trabajo me ha pasado que un colaborador al que había dado un aumento de sueldo (soy dueño de una empresa), después de algunos días me escribió un correo en el que, en base a su análisis, consideraba que tenía derecho a un aumento mayor. Concluía su correo diciendo que, si en un par de semanas no se veía satisfecha su petición, se marcharía. No niego que al principio tuve la tentación de responderle de forma reactiva, pero mi corazón no estaba tranquilo, deseaba mucho más y así, después de un par de días, prevaleció el deseo y la curiosidad de estar frente a esta provocación de forma original, lleno de curiosidad por descubrir más que es lo que el Misterio había escrito ya en esta circunstancia. Por eso no me limité a responder a su correo, sino que tuve el deseo de encontrarme con él para comprender el por qué profundo de ese correo, dado que nos conocemos desde hace muchos años y siempre hemos tenido una relación laboral muy cordial, y también para ayudarle a considerar aspectos que todavía no había tomado en consideración. Por eso me di cuenta de que esa petición de aumento nacía del deseo de ser estimado por su trabajo y, como sucede muy a menudo por la confusión entre el valor de la persona y lo que ella hace, era en último término una petición de afecto a su persona, de ser querido. Por ello fue muy fácil abrazarle en su deseo y mirarle por el grito de su corazón. De hecho, aunque le dije que por el momento no se daban las condiciones para atender a su petición, este aspecto particular se convirtió en secundario. También desafié su libertad, diciéndole que si hubiese presentado la dimisión de todos modos, la habría aceptado, a regañadientes, y no le habría guardado rencor alguno. Me impresiona mucho que, pasados algunos días, me dijo: «Entonces, un poco me aprecias, ¿no?». Ahora, cuando nos cruzamos, nos intercambiamos grandes sonrisas, incluso con más pasión que antes. He visto que el cristianismo genera una inteligencia ante la vida que tiene aspectos muy positivos incluso desde el punto de vista meramente empresarial. Es claramente una consecuencia secundaria, pero habla de cómo una mirada abierta a la realidad es tremendamente conveniente. Después de algunos días, un estrecho colaborador mío me comentó otra situación: una persona que está bajo su responsabilidad le había expresado de forma bastante excitada una dificultad que tenía. Yo le dije: «Muy bien, ¡tenemos que hablar con esa persona!». El me respondió: «Quizá no has entendido bien…» . En realidad, había entendido perfectamente, porque cada vez tengo más curiosidad y deseo de ver cómo se manifiesta Cristo en las circunstancias si no me quedo en mis prejuicios estériles y en mi reacción. Y también en este caso, con esa serenidad y certeza que genera el encuentro con Cristo, puede disfrutar de una circunstancia que podía haber sido bastante problemática. Para terminar os cuento un último episodio especialmente significativo. En nuestra empresa sucedió un hecho bastante desagradable: una empleada nuestra empezó a insultar de forma muy grave a una compañera extranjera y, cuando arremetió contra su hijo, ella (que no nos vio) le tiró un objeto, hiriéndola de tal modo que tuvo que ir al hospital. Como consecuencia, fue suspendida y después despedida por la gravedad del hecho. El contrato de la otra terminaba al cabo de unos pocos días y no se le renovó. Decisión salomónica. Extrañamente, todos estaban de acuerdo: la dirección de la empresa (de la que forma parte), los colaboradores, los sindicatos, con los que normalmente se discute (por decirlo con palabras de Péguy, el gobierno y el pueblo). Y no solo ellos, sino también aquellos a los que, de mala gana, se lo contaba. Si digo de mala gana es porque en mi corazón tenía un deseo irrefrenable de ver a Cristo vencer también en esa circunstancia que me ahogaba. Por otra parte, me daba cuenta de que cualquier decisión que hubiéramos tomado en otra dirección se habría topado con la aversión de muchas personas. Y así, mientras volvía a casa del retiro de Adviento, dije: «Señor, ayúdame, porque yo no sé cómo hacer, pero quiero respirar también ahora». Pocos instantes después se me ocurrió una idea tan descabellada que no podía más que ser Suya. Me dije: «Me gustaría que estas dos mujeres viesen la belleza que yo he visto. ¿Por qué no les propongo que vengan a preparar las cajas del Banco conmigo?». Sería una ocasión para conocerlas mejor y para hacer un trozo de camino juntos que, tal vez, podría incluso terminar con una readmisión. Me moví con libertad, independientemente del resultado, pues no tenía nada que defender: hablé con mis hermanos, que al principio acogieron la idea con un poco de duda, pero que después –esto me ha impresionado mucho– se la tomaron en serio, ayudándome a reformularla. Después hablé con los sindicatos, que expresaron mucha perplejidad al respecto, pero también

© 2018 Fraternità di Comunione e Liberazione

a ellos les dije que, más allá de los problemas justísimos que subrayaban, yo veía la posibilidad de que sobre las ruinas naciese una flor. Finalmente quedé con la mujer extranjera, que vino conmigo a hacer la caja el jueves por la tarde. También le había hecho la propuesta a la mujer italiana, que por el momento ha preferido seguir otro camino. El próximo paso será desafiar la libertad, que para mí es importantísima, de mis colaboradores durante la cena de empresa que tendremos, preguntándoles si por lo menos hay uno que desea trabajar con la mujer extranjera. Yo lo haría enseguida, porque he visto que tiene el mismo corazón que yo. Pero si nadie está dispuesto, querrá decir que no se dan las condiciones para volver a admitirla. Ya veremos. Pero conmigo Cristo ya ha vencido, y es fantástico. En resumen, gracias al camino que he comenzado y profundizado en el marco de la caritativa, descubro que con Cristo toda la realidad se vuelve cada vez más amable y me habla de Él, incluso en las situaciones más complicadas y difíciles. De este modo, la vida adquiere un gusto irrenunciable.

¡Gracias! Como veis, en la vida uno puede hacer más, más, más, más belleza, más bien. Pero la experiencia no te deja caminar durante mucho tiempo sin darte algún signo de que en el ansia de hacer cada vez más estás perdiendo el camino, y eso te hace darte cuenta de que todo lo que haces no es suficiente y te encuentras a disgusto, te falta algo. Entonces te encuentras con alguien que te dice: «¿Quién responde a ese deseo tuyo que te lleva a hacer cada vez más?». Esto es crucial. ¿Por qué tratamos de responder a nuestra necesidad incrementando nuestro quehacer, es decir, con nuestros intentos? En pocas palabras, porque todavía no hemos entendido la naturaleza de nuestro deseo, de nuestra necesidad. Nosotros vamos a la caritativa justamente para darnos cuenta de esto. Y si alguien me dijese: «No es posible que me digas que, después de haber leído no sé cuántas veces *El sentido religioso*, no lo he comprendido todavía», le respondería que no, que no lo hemos comprendido. No me interesa preguntaros cuántas veces lo habéis leído, me interesa que nos demos cuenta del valor de un gesto como la caritativa, porque nos ofrece la posibilidad de comprender cosas que creemos que hemos comprendido solo porque hemos razonado sobre ellas, pero que en realidad no hemos comprendido. Y quien no se da cuenta de que su quehacer no es suficiente, en el fondo, cree que no tiene necesidad de Cristo. Porque si todas esas acciones que hace fuesen adecuadas para responder a su necesidad, ¿por qué debería tener necesidad de Cristo una persona? ¡Nos apañamos solos perfectamente! Pero «todo es poco y pequeño para la capacidad del propio ánimo», decía Leopardi (*Pensamientos* LXVIII). Y entonces, desde dentro de la experiencia, partiendo del malestar que provoca nuestro quehacer y el vacío que advertimos, cuando uno va a un encuentro de los Bancos de solidaridad y escucha decir: «¿Quién responde a tu deseo?», puede percibirlo. ¿Cuántas veces has escuchado hablar de Cristo? Pero son como dos mundos: por un lado, mi necesidad reducida, por otra, un Cristo reducido, que en el fondo no se encuentran. En la Escuela de comunidad hemos leído: «La Iglesia […] se dirige a la misma experiencia del hombre, y no a las máscaras de humanidad que dominan en las diversas formas de sociedad» (L. Giussani, *Por qué la Iglesia*, Encuentro, Madrid 2014, p. 285). Jesús se dirige a nuestro verdadero yo, a nuestra humanidad tal como es. Pero muchas veces nosotros identificamos nuestra humanidad con máscaras de humanidad reducida. Estas máscaras pueden romperse no por nuestras elucubraciones, sino porque se topan con algo presente. Alguien podría decir: «¿Por qué tengo que ir a la caritativa, si ya hago Escuela de comunidad, en donde aprendo todo?». No es así, porque la propuesta del movimiento tiene una organicidad propia: para evitar que caigamos en el intelectualismo (que nos hace creer que comprendemos, pero en el fondo reducimos el significado de lo que leemos), el movimiento nos propone la caritativa; es un gesto que nos ayuda a hacer que salte por los aires el intelectualismo, que es una reducción de la experiencia. No es suficiente con razonar, porque lo que hace saltar la medida es un evento, que representa la ocasión para redescubrir a Cristo. ¿Veis cómo todo está conectado, cómo todo está unido? Y nosotros hemos de comprender los nexos, como dice la Escuela de comunidad que estamos haciendo. De no ser así, tenemos en nuestras manos trozos enloquecidos que no consiguen unir la vida. En cambio, al aceptar una propuesta –aunque nos equivoquemos, aunque vayamos a trompicones, aunque confundamos la necesidad o tratemos de responder haciendo cada vez más cosas, más cajas, más obras, más más– nos damos cuenta de que nada de eso que hacemos puede bastar. Entonces uno empieza a entender que el corazón anhela el Infinito. ¿Quién de nosotros, si tiene un hijo o un compañero, no

© 2018 Fraternità di Comunione e Liberazione

se lo repite continuamente? El corazón anhela el Infinito: lo repetimos, pero lo reducimos a un discurso. Lo digo no para fustigarnos, sino para darnos cuenta de lo pobrecillos que somos, de cuánto necesitamos que alguien nos haga verdaderamente conscientes de la naturaleza de nuestra necesidad para poder descubrir a Cristo. Si no fuera así, yo no podría caer en la cuenta de Cristo, como dice Giussani: «Cristo se presenta, en efecto, como respuesta a lo que soy "yo", y solo tomar conciencia atenta y también tierna y apasionada de mí mismo puede abrirme de par en par y disponerme para reconocer, admirar, agradecer y vivir a Cristo. Sin esta conciencia incluso Jesucristo se convierte en un mero nombre» (L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, Encuentro, Madrid 2001, p. 9). No es que el sentido religioso vaya por un lado, por otro lado la fe, por otro la Iglesia, por otro la caritativa, como si el cristianismo fuese un conjunto de cosas que no tienen que ver una con otra. Ahora tenemos la posibilidad, justamente por el punto de la Escuela de comunidad que estamos trabajando, de comprender en la experiencia un concepto muy sencillo: la unidad. Una de las características de la experiencia cristiana es la unidad, una unidad de la vida sin la cual nos vemos constantemente reducidos a pedazos. Todo lo que estamos contando nos ayuda a comprender el alcance de lo que dice don Giussani en la Escuela de comunidad, de modo muy sencillo –sin necesidad de hacer, como digo siempre, un master en Harvard–: al participar en la vida de la comunidad cristiana, uno empieza a comprender los grandes misterios de la vida. Y entonces se entiende que un empleado pueda dimitir (realiza un gesto que parecería contradictorio) porque necesita ser querido. Pero, ¿a dónde va para ser querido? Cree que resuelve el problema dimitiendo. Es alucinante, porque nosotros, como no hemos comprendido la naturaleza de nuestra necesidad, realizamos gestos, tomamos decisiones que son lo contrario de lo que deseamos de verdad; es como si una persona en urgencias tratase de arrancarse los tubos para librarse de las máquinas que la mantienen con vida, con un gesto absolutamente cruel hacia sí mismo, contradictorio con su necesidad vital. Por eso, si no entendemos, ¿qué nos impide pensar que es mejor dimitir para resolver el problema de la vida? No creamos que somos distintos del resto de la gente, ¡en los últimos siglos muchos cristianos han renunciado al compromiso con su propia humanidad! El mío es solo un «aviso a navegantes», que somos todos nosotros. Por eso, aceptar la propuesta completa del movimiento, es decir, de don Giussani, es crucial para nosotros. Porque de este modo, lo que no entendemos de una forma, puede entrar en nosotros de otra, puede suceder siempre algo, y entonces todo llega a estar unido. Gracias

Desde hace seis meses un amigo y yo llevamos la caja a una mujer que trabaja como bedela. No es una relación fácil, es más bien árida. Pensad que cuando vamos a su casa uno de sus hijos se encierra en su habitación, y la última vez que fuimos salió únicamente para preguntarle a su madre, estando nosotros presentes, por qué se obstinaba en ser ayudada. Después del verano no volvimos a tener noticias de ella, la llamé varias veces, pero no conseguimos contactar con ella. Decidimos ir igualmente a llevarle la caja, tocamos el timbre y no respondió, fuera hacía frío y llovía. Decidimos no abandonar, y fuimos a su lugar de trabajo. Era sábado por la tarde y la escuela estaba cerrada. Llamamos al vigilante que, un poco perplejo, nos llevó a hablar con su mujer. Preguntamos si tenía noticias de la bedela, si venía todavía a trabajar, en resumen, qué había sido de ella. Ella nos miró un poco perpleja y nos dijo: «Sí, todavía viene a trabajar», suspira y añade: «¡Por desgracia!» (dejando ver que incluso su trabajo representaba para todos un peso). Le dejé una tarjeta con mi dirección y teléfono y dos palabras para invitarle a que se pusiera en contacto con nosotros, si lo deseaba. Nos subimos al coche y nos miramos, un poco desolados por ese día aparentemente infructuoso, pero sobre todo heridos por ese «por desgracia». Pero ese momento, para nosotros que llevamos la caja, fue el comienzo de un recorrido de conciencia. Nos confrontamos y salió a la luz toda nuestra inadecuación frente a la necesidad que habíamos visto, pero también un malestar ante ese juicio tan negativo. Nos preguntamos enseguida por qué no nos quedábamos en la contradicción y en el hecho de que la bedela, que tiene mil problemas, parecía no merecer nuestra ayuda. Nos respondimos que el gesto que hacemos es justamente un gesto cristiano porque cambia, amplía y profundiza nuestra pregunta acerca de la realidad. De hecho no nos deja quedarnos en la contradicción del momento (la bedela no responde, la lluvia, el hijo que no quiere vernos) y nos abre a una exigencia de significado sobre qué quiere decir hacer compañía, qué

© 2018 Fraternità di Comunione e Liberazione

quiere decir esperar, qué quiere decir tener paciencia, quién puede responder realmente a su necesidad. Y sacamos dos conclusiones. Primera: cambia la naturaleza de nuestra pregunta, es decir, en vez de «¿Qué puedo hacer yo por ella?», «¿Quién eres Tú que me das un corazón que no se conforma?», es decir, que no se queda en el «por desgracia», en el límite que hay en mí y en el otro, no se queda ahí porque da crédito a la posibilidad de que dentro de la realidad haya Alguien que obra. La posibilidad existe, por tanto nos da la tenacidad para ir a ver al vigilante. Segundo: justamente por la naturaleza del gesto, provoca y estimula nuestra libertad y la suya, porque nos obliga a nosotros y a ella a tomar posición y a hacer un camino. Podíamos abandonarla a su destino, teníamos todas las excusas para hacerlo, igual que la bedela ha tenido y tiene que decidir continuamente si quiere vernos, si somos útiles para su situación o si tiene razón su hijo que no nos quiere.

¡Viva la libertad! Nuestra libertad y la suya. Ninguna obligación, ningún calzador para forzar las cosas. Es un desafío para todos, como hizo Jesús: se hizo carne y desafió a todos con su presencia.

Estoy en la universidad, y desde hace dos años un amigo y yo llevamos la caja del Banco de alimentos a un joven. La tercera vez que fuimos estaba muy agitado, nos dijo que estaba enfermo y que su madre había muerto por la misma patología, una enfermedad degenerativa muy grave. Nos comunicó también que, después de un cierto recorrido, había decidido irse a Suiza para un suicidio asistido. Nos quedamos en silencio, sin ninguna pretensión de hacer que cambiara de idea, únicamente con el deseo de estar con él para descubrir por qué nuestra vida y la suya tienen valor. En realidad, al poco tiempo surgió en nosotros la pretensión de hacer que cambiase de idea, de tratar de convencerle para que no fuera a Suiza. Como consecuencia de ello, él trataba de evitarnos.

¿Lo veis? En cuanto agarramos el calzador para hacer entrar en la cabeza de una persona lo que a nosotros nos parece justo, esta nos evita. ¡Impresionante! Tenemos que aprender de nuestro modo de actuar. Lo que no quiere decir, entonces, que no hagamos nada, sino que tenemos que hacer algo distinto de lo que nos imaginamos.

Algún tiempo después nos enseñó una carta sobre sus motivos, que había tenido que mandar a Suiza, y que había mandado también al Papa. Esto nos impresionó, porque era el signo de que estaba esperando algo que respondiese a su necesidad. Y cuando el Vaticano respondió a su carta se puso muy contento. Entonces nos movimos para que pudiese tener un encuentro con el Papa. Conseguimos ir a una audiencia general de los miércoles y ese joven pudo hablar durante cinco minutos con el papa Francisco. Todo era estupendo, Roma, el Papa, él estaba contentísimo y no dejaba de darnos las gracias. Al volver a casa hablamos con él de volver a vernos, y él nos respondió: «No, he vuelto mi rutina, quiero estar solo».

¿Lo ves? No basta un milagro. De hecho ha recibido un milagro –¡ha ido a Roma y ha hablado con el Papa!–, pero un instante después se encierra en sí mismo.

Ha pasado mucho tiempo, desde entonces la relación con él tiene siempre altibajos, es muy oscilante: hay momentos en los que está contento y quiere vernos, momentos en los que está deprimido, nos trata mal o simplemente no responde al móvil. Habría mil cosas que contar de la relación con él, pero lo que más me impresiona es el motivo por el que sigo buscándole.

¿Por qué le buscas?

En la relación con él yo llevo todas mis preguntas. Me topo con la dureza de la vida, con el dolor, pero sin la relación con él yo nunca tendría estas preguntas tan radicales; sigo buscándole porque me mantiene despierto. Intuyo mejor que la clave de la vida es que Jesús sea verdadero. El único modo de que esta situación pueda tener algún sentido para mí es que Jesús haya muerto en la cruz y haya resucitado de verdad, es decir, que salve también esta situación de enfermedad que es algo horrible. Esta es la única esperanza, en caso contrario la vida sería una tomadura de pelo. Además estoy descubriendo que soy feliz cuando me entrego gratuitamente para servir, quizá sin comprender hasta el fondo lo que estoy haciendo, como trato de hacer en la relación con él. Hay todavía momentos en los que dice que quiere ir a Suiza, pero siempre sucede algo que le hace no ir. Por ejemplo, este año una amiga me mandó la presentación de la exposición del

© 2018 Fraternità di Comunione e Liberazione

Meeting sobre Job que había hecho una chica. Se la mandé y él me respondió así: «Acabo de leer el testimonio de la guía de la exposición sobre Job; ante todo, gracias por habérmela mandado. Sin darme cuenta, son palabras que también uso yo: "no quiero sufrir", "no quiero hablar con nadie", "ya no quiero más quimio, estoy empeorando, me gustaría morir". Son sentimientos que una persona enferma puede experimentar; me gustaría también sentir lo que al final sintió aquella chica. De algún modo, sin embargo, yo siento que Dios está conmigo. Aunque me cueste, en mi vida se demuestra, través de las personas, que también cuida de mí, que no me abandona nunca. Tampoco a mí me falta nunca un plato de comida, una palabra de afecto. Estas cosas no me faltan, sin embargo siento también que me estoy acercando al cumplimiento de la vida. Es un camino difícil, pero creo que para todos habrá un final. Ayer me dijiste que antes o después nos volveremos a ver en el paraíso, y yo lo creo. Me gustaría vivir muchos años más, pero entiendo que la vida no me lo permite. Creo que tú, con tus amigas y las hermanas sois las personas que Dios me ha enviado para acompañarme en esta aventura de vida con mi enfermedad. Gracias». Lo que más me impresiona de este mensaje es que, al principio de nuestra relación, él no veía los pequeños puntos de bien que había en su vida, en cambio ahora empieza reconocerlos. Y además está el cambio en él y en mí, que es signo de que hay algo.

¿Qué has aprendido de toda esta historia? ¿Qué te queda? En tu opinión, ¿por qué ese joven está vivo todavía, a pesar de que quería terminar con su vida?

Porque ha encontrado algo.

¿Te das cuenta de lo que portas? Es precioso que haya ido a ver al Papa pero, ¿por qué vive ese joven? Debemos darnos cuenta de que, aunque tú no seas el Papa, porque todos nosotros somos unos pobrecillos, portamos «algo» a una persona que se encuentra en esa situación. Debemos ser conscientes de que esa cercanía, esta insistencia tuya, este volver tuyo (aunque la respuesta sea la que has visto: unas veces un sí, otras veces un no), lleva algo a su vida. Durante el resto de tu vida tendrás que darte cuenta de qué es lo que portas; tú que eres una nada como yo, pero por gracia te has encontrado con Aquel que responde a la necesidad de tu corazón y del suyo. Y eso no puedes descargarlo en nadie, ni siquiera en el Papa, porque la esperanza está en ti –como escuchamos en la Jornada de apertura de curso–; debes ser consciente de esto.

Me urge decir algo al término de este diálogo: es necesario que percibamos el nexo de las cosas individuales con el todo, pues en caso contrario no llegaremos a comprender. ¿Por qué insiste tanto don Giussani en la necesidad de comprender los nexos? Lo hemos visto en las intervenciones de esta mañana: uno puede hacer la caritativa en el Banco de solidaridad, como decía Branco al principio al hablar de esa persona enfadada porque las cosas no iban como quería, pero para afrontar el malestar que esa circunstancia le había provocado tuvo que leer la Escuela de comunidad para tener la posibilidad de comprender. ¿Comprender qué? Lo que había dentro de la experiencia que estaba viviendo. Por una parte, la Escuela de comunidad me ayuda a comprender la profundidad del gesto de la caritativa; por otra parte, la caritativa me ayuda a darme cuenta de toda mi necesidad, para poder comprender el alcance de lo que dice la Escuela de comunidad. ¿Comprendéis los nexos? Porque podéis seguir adelante tranquilamente, con o sin la asamblea de los Bancos de solidaridad, porque tenéis la Escuela de comunidad. Me apremia que comprendamos todos que en los gestos que nos proponemos tenemos todo lo que se necesita para vivir; no tenemos que esperar no sé qué gesto impactante para vivir, porque tenemos ya todo lo que necesitamos: la Escuela de comunidad, la Fraternidad, la caritativa, los gestos que constantemente nos proponemos. Por tanto seguid adelante, con la conciencia de tener todo lo que necesitáis para hacer una experiencia que nos impida reducir la caritativa a voluntariado y la Escuela de comunidad a un intelectualismo que no convence a nadie. De este modo, podremos darnos cuenta de la naturaleza del cristianismo, es decir, del alcance de Cristo para nuestra vida, y podremos celebrar la Navidad a lo grande. No es el recuerdo de un pasado, el aniversario de un evento histórico, sin la celebración de algo que está sucediendo ahora, que vuelve a suceder ahora.

Os agradezco mucho este diálogo, que como siempre es increíble simplemente por la experiencia que vivimos, como cada uno de nosotros ve con claridad. Pidamos constantemente darnos cuenta de ello, porque cuanto más nos demos cuenta más agradecidos estaremos por lo que nos ha sucedido.

© 2018 Fraternità di Comunione e Liberazione

Feliz Navidad a todos.

© 2018 Fraternità di Comunione e Liberazione